

HAY CONTRASTES

Por: Pedro Javier López

Egresado de la Facultad de Jurisprudencia-Colegial



© Ilustraciones digitales: Carolina Zuluaga Liberato

I

Cartagena está llena de contrastes. Para mí, acostumbrado a las montañas y el cemento, el más evidente es el de la tierra y el mar. Puede sonar tonto pero me sigue sorprendiendo la relación que tiene el agua con la ciudad: cómo el agua se cuele entre las calles, dentro y fuera de su cauce. Entre la tierra y el agua está también lo rico y lo pobre, lo blanco, lo negro y lo mestizo, lo nuevo y lo colonial. Contrastes.

Este Hay Festival 2012 fue especial pues evidenció, de una forma muy elegante, los contrastes. El primer momento en que lo vi fue cuando Carlinhos Brown empezó a felicitar a todas las personas que le ayudaban: a su *guri* que le recogía los instrumentos y le arremangaba la camisa, al otro que le pasaba el pañuelo para secarse el sudor, al camarógrafo que se quedaba en la tarima, al que allá en el fondo se encargaba de atender a los asistentes de la boletería cara y al que con él servía en el evento.

“¡Gracias!”. Los llamaba por su nombre y les pedía que lo acompañaran en la canción. Lo mismo hizo con las personas que estaban oyendo el concierto desde el otro lado de las rejas: los revendedores, los curiosos, las personas que caminaban o esperaban en la calle Media Luna. No era un agradecimiento inocente: era una reivindicación. Estaba poniendo en evidencia que ellos estaban ahí, que ellos y ellas eran fundamentales.

Así terminó la noche. Al día siguiente fui al teatro Adolfo Mejía; me habían recomendado ir a la premiación de un concurso de cuento y le hice caso al consejo más allá de que no hubiera dado muchos motivos. Lo único que me adelantaron fue un “Ya verá”.

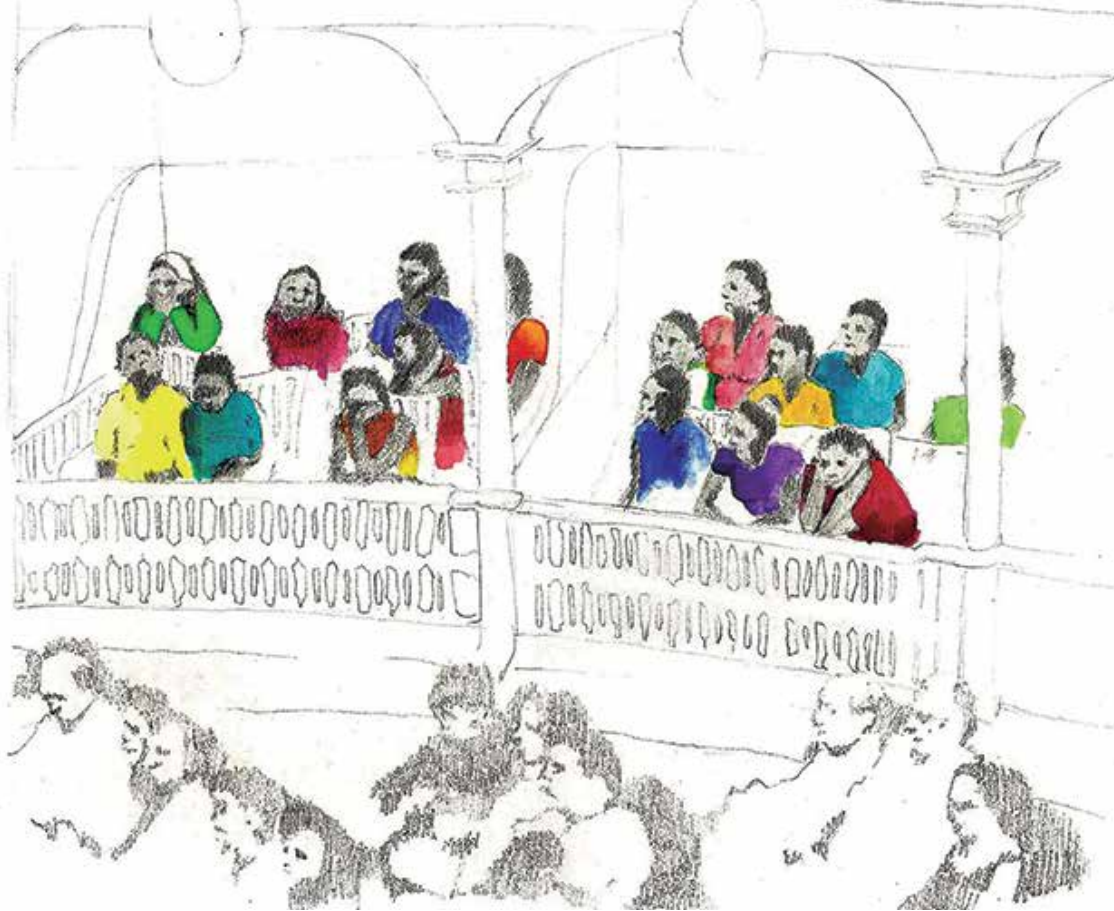
Pues sí, vi de nuevo lo que me había parecido encontrar en el concierto de la noche anterior, otra pista.

En los días que asistí, el teatro tenía una fila larga para entrar. Se abrían las puertas y empezaba la búsqueda de asiento. Esta vez no había fila, entré sin lío y busqué un lugar en los balcones del segundo piso. En la tarima estaban los jueces del concurso y en las primeras filas de la platea las personas que ganaron en las diferentes categorías.

Ver la tarima desde los balcones no siempre es fácil, menos si se está a los lados y en los asientos de atrás. Para ver el frente del teatro hay que tener maña: mirar de ladito y entre las sombras, acercarse a la baranda y a veces sacar la cabeza agarrando una columna. Resulta más fácil mirar los balcones del otro lado o la parte de atrás del primer piso ¡No es mi culpa! Es parte del diseño del lugar, como si una de sus intenciones fuera mirar a los asistentes y no solo a quienes están en escena.

Así hice. Esta vez los balcones estaban llenos de niños y niñas vestidos con elegancia: fucsia,





amarillo, plateado, naranja, azul y negro; con trenzas y moñas. Era una estética diferente a la de los otros eventos, claramente diferente a la de las señoras y los señores que estaban en los asientos de abajo.

Salí del teatro pensando que esa separación de colores entre los asientos del primer piso y el resto del lugar era algo revelador, que era la pista que estaba buscando. No estoy seguro de si esto que vi era lo que se suponía que iba a encontrar, si a esto se refería el “Ya verá”. Ya veré.

II

Así empezó el viernes, despacio. Solo se necesitó que llegara la tarde para que el centro de la ciudad se llenara. Los andenes de este lado son estrechos, así que si algo se encuentra en el camino hay que bajar a la calle o pasar por el ladito. Una visita de comadres, una venta de periódicos o de chance lo deja a uno, a la buena de Dios, al lado de los carros.

Las calles del centro también son estrechas, por ahí andan los carros y los carritos. Los vendedores

ambulantes de pan de queso negocian su paso con las camionetas y los taxis. Por eso, cuando a las once de la mañana se une todo esto, el día adquiere un ritmo lento.

En la noche el cambio es total. Las plazas se llenan y las calles quedan vacías, sobre todo en la noche de este sábado. En el patio de la plaza de Santo Domingo estaba un montón de personas esperando a que empezara el concierto de Hipnotic Brass Ensemble: ocho hermanos de Chicago que retomaron la música de las bandas de instrumentos de viento para tocar hip hop. Las boletas estaban agotadas y aun así había fila. El concierto empezó con unas cuarenta personas esperando por fuera hasta que un rato después decidieron vender más entradas dejando pasar de cinco en cinco. Fue un concierto relámpago: treinta minutos que fueron suficientes para dejar a todo el público entusiasmado. Al terminar, el vocero del grupo contó que eran una banda que sacaba sus discos independientemente, y que los estarían vendiendo detrás del escenario. Se bajaron de la tarima, dejaron los instrumentos y sacaron unas cajas que llevaron a una esquina de la plazoleta.

La impresión que me quedó fue que muchos del público salieron corriendo. ¡Corriendo! para llegar primero a comprar los CD y tomarse fotos con ellos. Lo interesante es que en este momento habían cambiado de personalidad: eran los músicos pero también eran los vendedores.

Si uno no supiera que hace unos segundos estaban tocando “War” u otra de sus canciones geniales, podría pensar que lo que tenía al frente era un puesto del mercado donde los clientes sentían admiración, casi amor, por los vendedores.

III

Otra cosa que descubrí —por supuesto, por ser un principiante— fue la relación extraña entre los periodistas y los escritores. Les cuento el caso de Ben Okri.

Él es nigeriano. Su padre fue a estudiar Derecho a Londres de donde regresó a Nigeria con los libros de la carrera y otros tantos de literatura.

El joven Ben tenía la tarea de organizar la biblioteca de su padre y de limpiarle el polvo, pero tenía totalmente prohibido leer los tomos que desempolvaba.

Por lo que contó lo pudimos imaginar con el plumero, haciendo maromas para poder leer: fingiendo que un libro se le caía abierto, o limpiando el polvo reglón por renglón. Así, Ben leyó los libros prohibidos de su papá y terminó dedicado a la literatura.

Pero no iba a eso. A lo que iba era a la relación entre la prensa y los escritores. Okri fue particularmente aplaudido en sus conferencias: recuerdo cómo el teatro Adolfo Mejía aplaudió con muchas ganas la lectura que hizo de su ensayo *La universidad del futuro*. Muchos salieron a hablarle, a pedirle una firma, a robarle una entrevista. Yo también lo intenté.

Me encontré con él después de que su asistente me lo permitió, lo curioso era que cada vez que su asistente le decía algo él hacía un gesto con sonido: juntaba sus puños cerrados por el lado de los pulgares y después los giraba —uno para adelante y otro para atrás— mientras hacía un ruidito, algo como *squishb*: le estaban sacando el jugo.

Sin embargo, me asignaron un encuentro.

Cuando llegué estaba almorzando. Esperé. Salió del comedor y llegó alguien con cámara y grabadora en mano a atraparlo: lo sentó por más de media hora a hacerle preguntas. Cuando se



estaba despidiendo llegué yo, pero al tiempo y encima mío llegaron otros dos con videocámara y micrófono, y otro con su camarógrafo barbudo. Estaban tan deseosos de entrevistarlo que uno le ofreció (no sé si en serio o en juego) una cadena que el nigeriano había elogiado.

No se cómo pero logré sentarme: ahí estábamos Okri y yo. Ya sabía que estaba cansado y me lo confirmó. "I'm exhausted". Eso fue lo primero que dijo.

Le propuse un intercambio:

—Tomemos estos minutos como tiempo libre. No hablemos de nada, pero a cambio, regáleme su dirección de correo electrónico.

—No tengo correo electrónico. Me gusta mantener las cosas simples.

—Está bien: entonces ¿qué tal la dirección para enviar un correo postal?

(Silencio evasivo)

—Mejor cuéntame sobre ti. ¿Qué haces? ¿Quién eres?

De ahí en adelante hablamos con menos preocupaciones sobre cualquier cosa: si le gustaba caminar o no, del ambiente de los escritores, de los afanes de un festival... Se acercaron Janne Teller (la autora del libro *Nada*) y Oscar Guardiola (autor de *What if Latin America Ruled the World?*) a hablar de cotidianidades: de los lugares donde vivían, de cuánto tiempo más se quedaban y de dónde había comprado Guardiola una camisa de colores. Nadie habló de libros.

Ahí estuve un rato más. Me despedí con agradecimiento.

—Señor Okri. Antes de irme le tengo una pregunta ¿Por qué escribió *University of the Future*?

—No me gustaba lo que veía en la universidad. Así de simple: sentí que debía escribirlo. 🍷

